

LA MEMORIA DEL INVASOR. EL MONUMENTO A LOS PRISIONEROS EN LA ISLA DE CABRERA Y OTROS EJEMPLOS DE ESCULTURA PÚBLICA NAPOLEÓNICA EN ESPAÑA*

The Invader's Memory. The Monument for the Prisoners of the Island of Cabrera and the Other Examples of Napoleonic Public Sculpture in Spain

Alberto Cañas de Pablos

Universidad Complutense de Madrid. España

<https://orcid.org/0000-0002-2588-8697> | acpablos@ucm.es

Fecha de recepción: 15/02/2024

Fecha de aceptación: 01/07/2024

Acceso anticipado: 04/10/2024

Resumen: Las guerras, como otros acontecimientos traumáticos que afectan a las sociedades, han sido conmemoradas de forma abundante en el espacio público. En el caso español, el recuerdo hacia la invasión napoleónica de 1808-1814 constituye uno de los ejemplos más extensos, si no el que más, en cuanto a monumentalidad erigida. Se calcula que hay más de 350 casos de memoria pública al respecto repartidos por todo el país, centrados tanto en acontecimientos como en figuras individuales heroizadas. La mayoría de ellos son representaciones en piedra que buscan difundir símbolos de la lucha contra el invasor desde el lado español. Sin embargo, existen cerca de una quincena de obras que plasman la voluntad de recordar a las tropas que estaban ocupando el país. Sobre ellos trata este artículo, que prestará especial atención al primero y más importante: el monolito erigido en 1847 en memoria de los prisioneros de guerra recluidos en la isla balear de Cabrera tras su derrota en la batalla de Bailén, en 1808. La investigación se ha realizado a través de fuentes primarias procedentes

* Este artículo se enmarca en el proyecto de investigación «La respetabilidad burguesa y sus dinámicas culturales, 1830-1890» (PID2022-136358NB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España.

de varios archivos, además de prensa —española y francesa, tanto histórica como reciente—. A ellas se unen monografías y otras fuentes secundarias que abarcan desde la historia local a perspectivas globales, pasando por la historia del arte. A pesar del corto número de monumentos existentes, el artículo estudia y analiza distintas representaciones e intenciones a la hora de erigir estas antenas de memoria.

Palabras clave: Guerra española contra Napoleón; historia pública; isla de Cabrera; monumentos; memoria.

Abstract: Wars, like other traumatic events that affect societies, have been abundantly commemorated in public space. In the Spanish case, the memory of the Napoleonic invasion (1808-1814) constitutes one of the most significant examples, if not the major one, for all its associated monumentality. It is reckoned that there are more than 350 cases of public memory commemorating that period across the whole country, dedicated to events, but also to heroized individual figures. Most of them are stone-made representations with the aim of spreading the symbols of the fight against the invader from the Spanish side. However, there are around fifteen works which express the will of remembering the troops who were occupying the country. These will be the main topic of this article, which will pay special attention to the first and most important: the monolith erected in 1847 in memory of the war prisoners who were held in the Balearic island of Cabrera after their defeat in the battle of Bailén, in 1808. Research has been conducted using primary sources coming from different archives, together with press sources — both Spanish and French, historical and contemporary. Monographies and other secondary sources have been considered. They encompass local and global perspectives, and also art history. Despite the short number of existing monuments, the paper studies and analyses several representations and aims when these memory antennas were erected.

Keywords: Peninsular War; public history; island of Cabrera; monuments; memory.

Sumario: 1. Monumentalidad y memoria; 2. La guerra de 1808-1814 y su memoria; 3. El monumento napoleónico de mayor calado de España: el obelisco de Cabrera; 3.1. El cautiverio; 3.2. «Sin ofender a los españoles»: la iniciativa de Joinville; 3.3. El papel de los veteranos de Cabrera; 4. El tiempo lo cura todo: la memoria pública napoleónica reciente; 4.1. El buen francés: honor del enemigo; 4.2. Recordando el agravio: la memoria negativa; 5. Conclusiones; 6. Archivos; 7. Referencias bibliográficas.

1. MONUMENTALIDAD Y MEMORIA

Europa atravesó durante el siglo XIX y los comienzos del XX una oleada de construcción de monumentos de tal calibre que permite que dicha etapa puede ser considerada como la «edad de oro» de las obras públicas de memoria. Se trata de un proceso que también tuvo reflejo en España (Reyero, 1999). Gradualmente, los monumentos se alejaron de tumbas y campos de batalla y se situaron en emplazamientos de privilegio en el espacio público de la ciudad desde finales del XVIII. Fruto de esta dinámica, la escultura urbana adquirió un nuevo significado

conmemorativo, expresado a través de la pedagogía de una serie de valores cívicos encarnados por héroes individuales o momentos históricos colectivos considerados como importantes a escala local, nacional o una combinación de ambas (Sobрино Manzanares, 1996, p. 927). Estas obras proyectan su fuerza socializadora a través de lo visual, generando referentes político-históricos colectivos. No se limitan a ser solamente construcciones perceptibles: también constituyen referencias con capital discursivo, proyectando sobre determinados sujetos la condición de ejemplo de luchas legítimas y/o de valores nacionales (Castells, 2010, pp. 355-358).

El estudio de la funcionalidad de los monumentos referidos a las tropas napoleónicas en España, inserto en esta tendencia, supone un campo de estudio innovador y muy necesario, al adentrarse en un fenómeno de memoria en terreno hostil poco tratado hasta el momento. Antes de entrar en él, la presente introducción pretende explicitar la relevancia política e histórica de estas construcciones desde el siglo XIX.

A través de placas, estatuas o monolitos conmemorativos, se difunde una memoria «decidida», que evoca episodios o individuos previamente elegidos cuyo retrato discursivo no tiene por qué coincidir con sus rasgos reales (Lowenthal, 1998, p. 449). Los monumentos constituyen un testimonio directo de los valores sociales y culturales que cada sistema político busca promover a nivel colectivo, pero también a escala individual (Halbwachs, 2004, pp. 55 y 60). La memoria común se ve influida por la vivencia personal, pero también la retroalimenta en un proceso autogenerador de memoria experiencial y social: el relato recibido puede convertirse en un recuerdo *sui generis*. Los eventos se añaden a la propia idiosincrasia y son rememorados como si se hubieran vivido en la propia piel, aunque eso no haya sucedido.

Teniendo presentes todos los factores mencionados, los monumentos facilitan una especie de costumbre histórica que implica la consciencia social de los acontecimientos pasados. Ahí entra en juego la voluntad, patente o latente, de unir el pasado personal con la memoria colectiva y la historia común en un proceso de internalización. De hecho, no existe la experiencia vital sin recuerdo (Lowenthal, 1998, pp. 284-285 y 288; Álvaro Estramiana *et al.*, 2007, pp. 73-74 y 177). Los hitos físicos de memoria marcan simbólicamente el espacio y funcionan como marcos espaciales concretos, que rodean a las personas y que permiten la aparición de una categoría de recuerdos (Alonso Carballés, 2007, p. 400). Como ha afirmado Karl Schlögel, «la historia no se desenvuelve sólo en el tiempo, también en el espacio; tiene escenarios». Es imprescindible tener en cuenta los «contextos espaciales complejos de lo político» a la hora de analizar dichos fenómenos (Schlögel, 2007, p. 13). Por tanto, resaltar con una construcción lugares específicos donde tuvieron lugar sucesos históricos solidifica de forma pétrea un recuerdo del pasado que se proyecta hacia el presente y el futuro de la sociedad.

Los monumentos no constatan un hecho concreto, sino que pretenden «sus-
citar, con la emoción, una memoria viva». Son una herramienta específica de las

relaciones entre el individuo y el pasado, así como con ritos y creencias (Choay, 2007, pp. 12-13). Es decir, la expresión «monumento conmemorativo» es un epíteto, puesto que toda obra monumental «conmemora» en tanto existe. Estos elementos públicos tienen capacidad proyectiva y suponen el armazón tangible de lo que Pierre Nora definió como lugares de memoria. En su vasta visión hacia ellos, el historiador francés afirma que «toman los bloques completamente constituidos de nuestra mitología, de nuestro sistema de organización y de representaciones para hacerlos pasar bajo el microscopio del historiador» (Nora, 1998, p. 20). Así, los lugares de memoria ensamblan «dos órdenes de realidades». Por un lado, son una «realidad tangible», presentes de forma visible en el espacio público que ocupan, mientras que, por otro, encarnan una «realidad puramente simbólica, portadora de una historia» cuya difusión se quiere impulsar (Nora, 2008, p. 111). Suponen constructos trascendentes que evolucionan, puesto que reflejan los debates y discusiones que se producen sobre la historia y la memoria en cada sociedad y cambian cuando esta lo hace (Mora Hernández, 2013, p. 99). Por este motivo, el devenir histórico es crucial para comprender la evolución de los rasgos y la situación de esos monumentos, cuya construcción siempre se halla ligada a un poder político vigente y específico en el momento de su diseño y ejecución. La atribución de significados colectivos no es incólume; está expuesta al paso del tiempo y a cambios políticos y sociales, comenzando por el agotamiento del culto político más directo por puro avance temporal. Esta circunstancia afecta especialmente a aquellas construcciones referidas a los que se consideró como «prohombres» cuyas muertes son ensalzadas. «No es solo la muerte de los soldados la que sirve a fines políticos, sino que también el recuerdo es puesto al servicio de la política» (Koselleck, 2011, pp. 68-72 y 102).

Esta idea conecta con lo que sugiere Gorka Martín: aunque se afirme que estos elementos buscan «transmitir una imagen de ortodoxia respecto a la conmemoración original, es precisamente su interacción con las comunidades lo que los convierte en *lugares de memoria*» (Martín Etxebarria, 2023, p. 225) y a la vez esta puede verse alterada con el tiempo, como ha sucedido recientemente con los monumentos en homenaje a Colón o a los militares confederados en Estados Unidos. La lectura del patrimonio va más allá de la descripción de los hechos históricos o de los monumentos erigidos; alcanza los significados y la función social e incluye el trabajo sobre el dolor, el duelo, el conflicto y el olvido (Guixé i Corominas, 2017, p. 27).

La percepción del patrimonio como una realidad histórica «debe ser creada» (Schouten, 1995, pp. 22 y 30) sobre ciertas bases epistemológicas que alimenten la existencia de la historia como tal, ya que su relato es dependiente del sujeto humano. Cuestiones como la mitología, la ideología, el nacionalismo, el orgullo local, los ideales románticos o los meros intereses comerciales (Bevan, 2023, pp. 11-13) pesan a la hora de calificar a una obra como patrimonio, puesto que la evolución de las percepciones y pensamientos tiene su efecto en el diálogo establecido entre patrimonio, pasado, memoria e individuo.

Las plasmaciones monumentales acotan la voluntad de memoria y encarnan de forma eficaz lo que se denomina «consumo de conmemoraciones». Refuerzan la memoria social que los nacientes estados-nación decimonónicos necesitaban para su consolidación (Beer Sheva y Beiner, 2020, pp. v-viii). En ese momento reflejaban «nuevas formas de sentir, de vivir, de experimentar» lo nacional y lo político. Este proceso incluye objetos, estampas y publicaciones, así como la odonimia, esto es, la nomenclatura de las vías públicas. Todo ello da pie a la experiencia y «uso» diario de esta memoria, haciéndola cotidiana para el común de la población (Martín Pozuelo, 2007, p. 321; Mayo, 1988, pp. 69-70).

Las contiendas bélicas sobreviven en la memoria compartida ostentando un fuerte capital simbólico. La conmemoración y la identificación colectiva han sido más habituales en relación con estos episodios con más potencial de evocación. Las sociedades necesitan recordar y los monumentos representan un soporte cohesionador para que la memoria se despliegue y se haga palpable (Martín Etxebarria, 2023, pp. 223-224). El nacionalismo deseoso de épica en el siglo xix se propuso construir un relato público sólido y atractivo, con la capacidad para crear emuladores: *mortui viventes obligant*. Esa noción subyacente de «morir para algo» es conceptualizada por las generaciones posteriores. Si el sentido dotado al sacrificio coincide con el delimitado por los supervivientes, «se evoca una identidad común» que abre la puerta a posibilidades de emulación. En suma, los monumentos conmemorativos, especialmente los referentes a héroes individuales y/o colectivos, representan una palanca política de acción y de memoria hacia el porvenir, si bien apoyada en el pasado.

Por otra parte, los monumentos de la Edad Contemporánea deben enmarcarse en la heroización que experimentaron las sociedades europeas desde finales del siglo xviii. Los reclutamientos masivos hicieron que la implicación y presencia social en el ejército sufrieran una profundísima transformación que democratizó la participación militar de la población. Las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas impulsaron el simbolismo de lo castrense y su visibilidad pública. Los individuos heroizados «llamaban a la posteridad». Por si fuera poco, dicho simbolismo quedó insertado en el de la nación, nueva fuente de legitimidad, ante la desaparición del rey (Cañas de Pablos, 2022, p. 38; Vovelle, 2003, pp. 26-27). La política y la imagen pública pasaron a depender del heroísmo personal y del comportamiento individual, dejando de lado factores como la riqueza o el nacimiento (Esdaile, 2008, p. 68). El xix es un siglo cruzado por la figura del héroe nacido de la guerra. La búsqueda de la gloria y afirmación individuales y un culto inédito hacia el *grand homme* mesiánico para la nación fueron la consecuencia principal (Murat, 2011, p. 173).

Esculturas, monolitos y lápidas articulan sobre el territorio el recuerdo y homenaje público. Lo distribuyen espacialmente, localizándolo y concentrándolo; constituyen antenas bidireccionales de memoria. Más allá de ser lugares pasivos para el recuerdo, este genera una serie de dinámicas que funcionan en un doble sentido,

puesto que, por una parte, «propagan» ondas de conmemoración, pero, por otra, constituyen lugares de referencia hacia los que convergen actos y sentimientos de recuerdo.

El monumento promovido por el príncipe de Joinville en la isla de Cabrera en 1847 se encuadra en la voluntad de recuerdo manifestada desde el poder, en parte por intereses egoístas: el reforzamiento del sistema político de la Monarquía de Julio. Pero el obelisco balear es solo una de las veinte construcciones que en mayor o menor medida recoge este texto, si bien es la que más atención recibe. Las erigidas en contextos distintos y acometidas a iniciativa de otra clase de entes e instituciones tendrán sus propios rasgos, pero todas ellas se fundarán en una serie de intencionalidades políticas y/o sociales específicas.

2. LA GUERRA DE 1808-1814 Y SU MEMORIA

La guerra española contra Napoleón (1808-1814), también llamada Guerra de la Independencia, «Guerra del Francès» o «Peninsular War», dependiendo del contexto idiomático y político que se tome en consideración, ha constituido y sigue constituyendo uno de los mitos fundacionales del nacionalismo en España. La denominación de la contienda como «Guerra de la Independencia» surgió años después de su desarrollo y se enmarca en el proceso de construcción mitológica del Estado-nación liberal español (Álvarez Junco, 1994, p. 86). Los liberales gaditanos simplificaron el conflicto reflejándolo como un esquema bipolar propio de los nacionalismos, puesto que «se trataba de un levantamiento nacional popular por *España*, o más bien contra *Francia* (o contra Napoleón), que intentaba dominarnos», dicotomía que se mostraba nítidamente en el Dos de Mayo, sus conmemoraciones y su establecimiento como fiesta nacional, a su vez con ciertas dificultades en relación con su posicionamiento «ideológico» (Demange, 2004, pp. 126-127; Álvarez Junco, 1997, pp. 38-39). La lucha contra las tropas imperiales y sus usos políticos propulsaron la ampliación del sentimiento nacional español. La guerra contra las tropas napoleónicas, entendida como una «pugna unánime y triunfal por la independencia de España» (Moreno Luzón, 2012, p. 218), se alzó como uno de los vectores más importantes del monumentalismo patriótico español del XIX.

Como consecuencia, en España, como en otros países europeos, se multiplicaron los monumentos relativos a la contienda. No solo Madrid: Zaragoza, Tarragona, Bailén, Gerona o Vitoria vieron salpicadas sus calles de obras en honor de héroes individuales, pero también de su población como ente (Reyero, 1999, pp. 159-161). La erección de construcciones se dio en alguna ocasión incluso desde el mismo momento en que estaba teniendo lugar, como sucedió con el obelisco que se alza en Soria desde 1812, el más antiguo en pie del que existe constancia, al erigirse pocos días después de ser «reconquistada» la ciudad por el general Durán (Moreno,

1990, pp. 179-253). Las desventuras patrias en el complejo siglo xix español y las dificultades económicas desembocaron en una política estatutaria y conmemorativa incompleta en comparación con otros países europeos (Castells, 2010, p. 360).

No obstante, el recuerdo de la lucha contra los franceses sirvió «para mantener un mínimo nivel de dignidad colectiva». Así, los escenarios y sus héroes de la contienda se fueron transformando, adaptando su sentido al devenir histórico de la España del xix (Álvarez Junco, 2001, p. 144; Martín Pozuelo, 2008, p. 1). Dado el contenido nacional otorgado a la contienda, la inmensa mayoría de estas construcciones loan acciones y episodios en los que los españoles —y lo español en el más amplio sentido del término— resultaba vencedor o, como mínimo, un contendiente digno, aunque fuese heroicamente derrotado, como sucede en los Sitios de Zaragoza y Gerona. Sin embargo, en momentos distintos de la historia, pero sobre todo en los últimos años, se han erigido lugares de memoria pública en los que los homenajeados, total o parcialmente, eran soldados del ejército napoleónico o alguna de sus actuaciones. Se trata de algo difícilmente imaginable en el siglo xix e incluso en la primera mitad del xx. De hecho, como se verá, la única iniciativa decimonónica partió de la monarquía francesa, materializándose en la isla balear de Cabrera. Ese monumento será el objeto principal, aunque no el único, del presente artículo, que trata de redimir, aunque sea mínimamente, el olvido tradicional de la bibliografía hacia este grupo diverso de más de doce obras aún en pie que recuerdan al ejército napoleónico, sus acciones y sus miembros durante su presencia en España.

Dado que tanto el de la isla de Cabrera como el resto de estos monumentos proimperiales se hallan a su vez en la «periferia investigadora», esto es, en áreas geográficas casi siempre trabajadas por estudiosos en el campo de la historia local, se emplearán con asiduidad obras propias de esa parcela de publicaciones. Junto a ellas se ha consultado la prensa, desde el siglo xix hasta el xxi, que recoge actuaciones y novedades a pequeña escala de este grupo de monumentos conmemorativos muchas veces dejados de lado por la historiografía mayoritaria.

3. EL MONUMENTO NAPOLEÓNICO DE MAYOR CALADO DE ESPAÑA: EL OBELISCO DE CABRERA

3.1. El cautiverio

Baleares es una de las regiones españolas con menor número de monumentos relativos a la guerra se desarrolló en el país entre 1808 y 1813. En concreto, en el archipiélago se han documentado tres puntos de interés. El primero es la lápida que en Es Castell rememora el traslado del Real Colegio de Artillería a Menorca entre enero de 1811 y septiembre de 1812. El segundo es el mausoleo del marqués de La Romana en la capilla de San Jerónimo en la catedral de Palma de Mallorca (Marabel,

2021, p. 49). Por último, el que tiene más relevancia para la presente investigación: el monolito instalado en la isla de Cabrera, en memoria de los prisioneros imperiales que fueron allí trasladados desde 1809.

La iniciativa de este monumento partió del Príncipe de Joinville, hijo del rey Luis Felipe de Orleans en la primavera de 1847, durante un viaje militar por el Mediterráneo hacia Argel en una escuadra de evolución formada por cinco barcos. La construcción solo conmemora la muerte de los franceses, pero polacos, italianos, suizos o alemanes que servían al Imperio también fueron hechos prisioneros tras la batalla de Bailén (Barbey, 1948, pp. 158-159; Friederich-Stegmann, 2003, p. 372). De acuerdo con el artículo 6º de las Capitulaciones de Andújar relativas al trato de los reclusos, firmadas el 22 de julio de 1808, todas las tropas de Napoleón pasarían a Rochefort (Francia) a través de los puertos de Sanlúcar y Rota (Castaño Zuluaga, 2012, pp. 330-331). Parte de los oficiales se beneficiaron de esta cláusula, pero el traslado de la mayoría de las tropas prisioneras fue bloqueado por los ingleses, quienes se negaban a que Napoleón volviera a disponer de tal cantidad de tropas de forma inmediata. Interfirieron en ese momento y también más tarde, al oponerse a posibles canjes entre estos prisioneros y soldados españoles capturados por los franceses y que permanecían en Cataluña. Se habían dado incluso datos de dichos posibles canjes: unos 2000 hombres serían llevados a Tarragona para ser intercambiados, pero ese acto nunca tuvo lugar (Bennásar Alomar, 1988, p. 53).

Coincidiendo en el tiempo con la entrada de Napoleón en España a finales del otoño de 1808, la soldadesca fue desplazada hacia el sur del país y recluida primero en varios pontones junto a Cádiz, donde las condiciones de subsistencia ya eran pésimas por la escasísima alimentación, una desnudez casi total y la ausencia de una higiene adecuada. Con la llegada del invierno las muertes se multiplicaron: el frío, los parásitos y la disentería agravaron el problema de la acumulación de cadáveres en las naves, que solo podía aliviarse arrojándolos al agua, una decisión que terminó siendo prohibida por el gobernador de Cádiz (Ruiz García, 2013, p. 57). En torno a 15 o 20 soldados fallecían diariamente en pontones que albergaban a 550-600 personas hacinadas, tal y como contó el cirujano Auguste Thillaye en su disertación para la Facultad de Medicina de París, que en realidad eran casi unas memorias de su estadía en España (Thillaye, 1814, p. vii). Las peticiones de ser trasladados a un hospital para al menos dejar atrás esa situación y «para no terminar de perder la salud» fueron numerosas. La situación era de tal desesperación que varios soldados imperiales —especialmente aquellos que no eran franceses de nacimiento— solicitaron su incorporación a las filas españolas con tal de cambiar su sino, aunque fuera luchando contra Napoleón¹.

¹ AHN. *Archivo Histórico Nacional*. Madrid, España. Estado, 46F y 46G. «Comisión para la custodia de los prisioneros franceses en los pontones de Cádiz y de los enfermos en el Real Hospital de Marina de la Segunda Aguada de Cádiz y en el Cuartel General de San Carlos (San

El miedo al contagio de enfermedades y la inseguridad de tener cárceles flotantes en la bahía llevó a la petición formal de las autoridades gaditanas de que se efectuase un traslado a otros lugares de España. La Junta de Mallorca recibió la noticia de los traslados al archipiélago —comenzando por el Lazareto de Mahón— en el mes de febrero de 1809 (Bennásar Alomar, 1988, pp. 39-42), aunque dicha isla presentaba varios problemas logísticos para tal misión y así lo plasmó el conde de Ayamans, máxima autoridad insular². Los padecimientos que siguieron a la derrota en Bailén solo habían empezado. Algunos fueron trasladados a Canarias, pero el destino de la mayoría de ellos fueron las Baleares, sobre todo Cabrera y el castillo mallorquín de Bellver. Se calcula que unos 14 000 soldados llegaron durante los años siguientes a la isla mediterránea en varias oleadas, muchos ya no relacionados con Bailén. Aunque algunas investigaciones han denominado «campo de concentración» a la acumulación de prisioneros franceses en Cabrera, tal calificativo, de acuerdo con Calvet, no es apropiado, al no haber allí guardas que los obligasen a efectuar trabajos forzados (Calvet, 2014, p. 24). Además, ese internamiento no respondía a cuestiones ideológicas o políticas en el sentido del siglo xx, por lo que carece de sentido el empleo de dicha terminología hiperbólica.

Los envíos iniciales a Baleares fueron en principio a Mallorca a finales de abril de 1809. Se produjeron en diecisiete navíos españoles e ingleses que también portaban a oficiales que fueron recluidos en el castillo de Bellver, en cuyos muros hoy se conservan grafitos de aquel momento (Ruiz García, 2013, pp. 98-99). En los meses posteriores arribaron nuevos contingentes, algunos de cuyos miembros fueron trasladados a Cabrera desde el mes de mayo en una operación encabezada por el almirante británico Collingwood. El llamado *Pla de ses Figueres* fue el área de la isla donde se instaló la mayor parte de las tropas. El día 5, entre 7000 y 8000 prisioneros, aunque las cifras varían en función de la fuente, acamparon en una isla en la que no se había previsto ninguna infraestructura que los acogiera, más allá de una única fuente para todos. Ni siquiera permaneció un destacamento de soldados españoles o británicos que los vigilaran. En Cabrera el «dolor de la marcha» entró en una dimensión desconocida, puesto que la población y los recursos eran simplemente inexistentes, mientras que las posibilidades de huida eran muy limitadas. Pronto el canibalismo terminó por aparecer (Bar Shuali, 2022, pp. 219-222; Ruiz García, 2013, p. 101). Lemaire ha realizado sendas comparativas con la estadísticas y estudios existentes al respecto (Lemaire, 2023a, 18; Lemaire, 2023b, pp. 159-160).

La elección final de la «Solución Cabrera» se explica porque resultaba «políticamente más viable, militarmente menos amenazante, sanitariamente menos

Fernando)» y «Correspondencia sobre prisioneros de guerra que quieren tomar parte por las tropas nacionales».

² AHN. *Archivo Histórico Nacional*. Madrid, España. Estado, 46D, h. 29. «Traslado de prisioneros franceses a Baleares y Canarias».

peligrosa y socialmente menos conflictiva», dadas las circunstancias de la isla y de España en general. No obstante, las autoridades baleares decidieron reforzar la vigilancia desde el mar ante los rumores del envío de un barco de rescate desde la Barcelona ocupada por los franceses (Deyá Bauzá, 2009, p. 86; Ruiz García, 2013, p. 104). Su elección como «pontón natural» es casi lógica, puesto que alejaba las posibilidades de contagios y facilitaba el orden público en las islas, aunque a costa de las condiciones de vida de unos soldados apartados a su suerte.

Un año después, las acusaciones de haber lanzado piedras a unas monjas desde el Cuartel Nuevo de la Lonja de Palma de Mallorca llevaron a un motín popular en la isla en marzo de 1810. Como resultado, en los meses siguientes se condujo a la pequeña isla a los oficiales que aún restaban y que a su vez habían sido devueltos allí desde Cabrera. Parte de esta oficialidad fue trasladada a Inglaterra a finales de julio, en concreto al castillo de Portchester (Gille, 1893, pp. 195-196; Bennásar Alover, 1988, pp. 51 y 78-79), no sin que hubiera entre los soldados reacciones de ira que iban más allá de la mera resignación (Smith, 2001, p. 181).

Aparte del aislamiento total que les hizo ignorar la evolución de las Guerras Napoleónicas, los reclusos de la isla sufrieron «privaciones, disgustos y sinsabores», por no hablar de las perennes enfermedades, tratadas en lo posible en la precaria instalación médica que había en el castillo (López Pinto, 1880, pp. 39-41). El lazareto de Mallorca también se ocupó de algunos de los militares aquejados de distintos males —calenturas, diarrea y úlceras, básicamente—. A veces lo hizo de forma directa previo traslado de los pacientes entre islas, mientras que en otras ocasiones se hizo a distancia en comunicación directa entre Cabrera y Mallorca³. La deshumanización de los prisioneros fue total. La situación se agravó tanto que varios convoyes británicos aprovisionaron a los prisioneros, aunque las sucesivas llegadas de nuevos cautivos impedían que las mejoras fueran significativas. Las muertes eran constantes y las promesas de retornar a Francia de acuerdo con la rendición de Dupont en Andújar se incumplían una y otra vez. Según los datos, en torno a 4.000 soldados fallecieron allí (Bover, 1847, pp. 14-17).

Hubo varios intentos de fuga y al menos cuatro de ellos fueron exitosos. La primera evasión tuvo lugar en septiembre de 1809, cuando nueve marinos capturaron un barco con suministros de agua y lo emplearon para huir. Al año siguiente, los fugados alcanzaron Toulon y la operación llevó al Emperador a plantearse en 1811 la organización de una operación de rescate de quienes quedaban en la isla, aunque dicho proyecto nunca se concretó. Esta circunstancia encaja con cierto

³ AHRAMIB. *Archivo Histórico de la Real Academia de Medicina de las Islas Baleares*. JUNSAIB-ECJ-EC43. «Expediente formado referente a las calenturas sospechosas que padecían los prisioneros franceses enviados del Reyno de Murcia y Valencia en la Isla Cabrera». Recuperado de https://arxiu-historic.uib.cat/uploads/r/arxiu-historic-de-la-reial-academia-de-medicina-de-les-illes-balears/2/d/o/2doad7fbo6b4efe26foe2984f9e7b6e5a392fd4357d46a6ab5c412512f10b2co/ES_AHRAMIB_JUNSAIB-ECJ-EC43.pdf, el 28 de junio de 2024.

desdén desde las Tullerías hacia los *cabrériens* (Lemaire, 2023b, p. 161; Calvet, 2014, p. 34). En 1811 un total de trece reclusos consiguieron huir tras la toma por parte del marinero Ducor de un barco pesquero mallorquín cercano a Cabrera. Por otro lado, en los años finales tuvo lugar la fuga más espectacular que vio la isla: Bernard Masson escapó en los últimos meses de 1813 junto a treinta prisioneros con quienes desembarcó en las costas argelinas, donde el cónsul francés Dubois-Thainville les facilitó la repatriación. Por si fuera poco, Masson regresó a Cabrera en marzo del año siguiente para rescatar exitosamente a casi cuarenta personas más (Lemaire, 2023a, p. 15; Lemaire, 2023b, pp. 166 y 169-170; Houdek, 2016, p. 152).

Los reclusos se alojaron en tiendas prestadas y en cabañas construidas por ellos mismos, ante su incredulidad por que el gobierno español fuese a dejarlos en esa situación por mucho tiempo. El abandono por parte de las autoridades era total y la administración de la isla quedó a cargo de los propios militares presos. Las necesidades espirituales quedaron relativamente cubiertas con la presencia del clérigo Damián Estelrich, instalado por voluntad propia en el castillo desde el verano de 1809. Más allá de sus competencias como sacerdote, propuso mejoras en el abastecimiento de agua y ejerció como «Gobernador» de la isla, al actuar como intermediario entre los prisioneros y la Junta de Mallorca (Cox, 2017, p. 111; Ruiz García, 2013, p. 106). A la «ciudad» que levantaron le dieron el nombre de Napoleonville y a sus «calles» las denominaron con vías parisinas (Bak, 2009, pp. 227-228) en el afán de crear un microcosmos francés en la isla. Se aprobó un proyecto fallido de construcción de una serie de barracones a modo de hospital diseñados por Tomás Abrines, pero las edificaciones se derrumbaron antes de concluirse. De acuerdo con Bover, para combatir el aburrimiento, los soldados pasaban el tiempo esculpiendo objetos tan diversos como figuras de Napoleón o juegos de ajedrez, además de elaborar bisutería, calzado o redes de pesca. Los músicos que habían salvado sus instrumentos daban conciertos y llegaron a representarse obras de teatro como *Monsieur Voutour*, *Le désir de Jocrisse* o *Le billet de logement*, recitadas de memoria y populares en la Francia postrevolucionaria. El ejercicio físico también era una práctica habitual (Chappet, Martin y Pigeard, 2007, p. 737; Bover, 1847, p. 18; López Pinto, 1880, pp. 126-127; Thillaye, 1814, pp. 18-19).

La liberación final tuvo lugar en mayo de 1814, según los términos acordados entre Fernando VII y Napoleón. Los supervivientes partieron hacia Marsella y destruyeron prácticamente cualquier rastro de su paso personal por la isla antes de dejarla atrás, quemando los campamentos. Cuando la población de la ciudad francesa vio desembarcar de *La Salamandre*, *La Médée* y *L'Éléphant*, entre otros buques, a unas tropas en pésimo estado físico y escucharon su relato de la experiencia vivida y de cuya existencia no sabía nada, no consintió que fuesen confinados y pasaran la cuarentena establecida. Las autoridades se vieron obligadas a ceder (Dufour, 2009, p. 160).

El calvario que atravesaron los prisioneros de Bailén en Cabrera dependió de una serie de sucesos que lo hicieron posible: el abandono por parte de Dupont de sus tropas, el incumplimiento español y británico de los acuerdos al retener a los soldados franceses en España, la decisión de trasladarlos de la bahía de Cádiz a las Baleares, el rechazo de las autoridades de Mallorca y Menorca de asumir la presencia de estos reos y, por supuesto, las pésimas condiciones de alojamiento, comida y atención médica que la elevada cantidad de personas recluidas exigía (Smith, 2001, p. 178). Es decir, no fue casual ni aleatorio. Tuvo lugar una concatenación de infortunios de diverso origen y tipología que condenó a los derrotados en tierras jiennenses a padecer un tormento y una falta de libertad terribles.

3.2. «Sin ofender a los españoles»: la iniciativa de Joinville

Regresando a 1847, inmediatamente después del desembarco de Joinville en Mallorca durante la mencionada travesía, este envió al capitán Kérouartz a Cabrera a bordo de la corbeta *Pluton* para que inspeccionase los posibles restos de los prisioneros franceses que allí habían sido concentrados. El año anterior había sido informado de que en la isla se veían huesos de cautivos imperiales asomando entre matorrales, en las cuevas y orillas, puesto que llevaban más de tres décadas insepultos. Él mismo lo recordó en sus memorias, de una forma breve, pero sentida, ya que en un único párrafo lamentó el trato recibido por los prisioneros y resumió los actos previos a la erección del monumento y la inscripción de este (Príncipe de Joinville, 1894, p. 356).

Kérouartz, junto con el clérigo Coquereau, encontró trazas de la presencia de los soldados napoleónicos de forma abundante y ordenó a la tropa que lo acompañaba que hiciese acopio de ellos. Al regresar a Palma de Mallorca y plantear la situación al príncipe, este le pidió que reuniera los que pudiera para darles cristiana sepultura, por lo que Kérouartz volvió a Cabrera los días 3 y 8 de junio para tal misión. Había recibido órdenes de evitar en su actuación cualquier pompa o boato que pudiera ofender a los españoles, aunque estos asistieron a la misa celebrada en honor de los franceses allí enterrados. La única simbolización externa fueron las velas que la corbeta *Pluton* desplegó en cruz mientras duró el servicio religioso, que contó con la presencia de las quince o veinte personas que vivían en la isla en ese momento (Barbey, 1948, pp. 159-160). La noticia llegó a París una semana después, causando gran impresión⁴.

De forma inmediata, el príncipe de Joinville se planteó la erección de un monumento para los *cabrériens* que sustituyera a la cruz provisional que se había instalado y abrió una suscripción para el mismo. Tanto los movimientos y actos religiosos, como la intención de grabar en piedra la memoria de los fallecidos en Cabrera

⁴ *Journal des débats politiques et littéraires*, 11/6/1847, p. 2.

fueron recogidos por la prensa de Madrid, aunque al principio existían serias dudas sobre las verdaderas intenciones de la escuadra francesa, en ocasiones relacionándola con la intervención internacional en la revolución portuguesa de 1847 (Robles Jaén, 1999, pp. 418-422)⁵. El fugaz *La Unión* expresó una opinión negativa en un doble sentido: por un lado, desconfiaba de la veracidad del origen galo de los huesos —«Bueno fuera averiguar si examinó los huesos persona inteligente [...] No fuera malo que algún ladino mallorquín, para sacarles los francos, se hubiera burlado de los marinos franceses»—, y, por otro, rechazaba la injerencia de un país extranjero en territorio español —«Justo nos parece que españoles y franceses tratemos de olvidar antiguas discordias [...], pero esto de ir los extranjeros [sic], entrar como Pedro por su casa y plantar en un pueblo de España un monumento simbólico de gloria, [...] me parece lo mas extraño [sic] del mundo»—⁶. Las cabeceras locales dieron detalles mucho más profusos de las idas y venidas de los barcos franceses⁷.

A la hora de planificar el diseño de la obra definitiva —financiada por la marinería francesa presente a condición de que figurase el nombre del príncipe en él—, Joinville anunció específicamente al cónsul de Francia en Palma de Mallorca, Julio/Jules de Cabarrús, que sería extremadamente cuidadoso para no causar ninguna ofensa ni a las autoridades de la isla ni a su población. El gobernador de la isla, Miguel Tacón, confirmó las precauciones de Joinville, puesto que aseguró que solo autorizaría la construcción de la obra si el epitafio que se instalase no despertaba susceptibilidades políticas ni sociales. Se propuso al ya mencionado Tomás Abrines, el arquitecto de los fallidos barracones cuatro décadas antes, como ingeniero de la operación. El propietario de la isla, Salvador Morell, dio su permiso para la concesión perpetua, gratuita y sin condiciones del terreno donde se levantaría el monumento (Oliver Moragues, 2021, pp. 8-9).

Ese es el motivo del carácter especialmente neutral del monumento, decidido desde el primer momento por el príncipe y cuya traducción en castellano dice: «A la memoria de los franceses que murieron en Cabrera. La escuadra de evoluciones de 1847. Comandada por S.A.R. el Príncipe de Joinville». Ni datos ni cifras, nada que pueda explicar la tragedia en esta figura de granito, por «comodidad intelectual» (Pellissier y Phelipeau, 1980, p. 223). Tampoco figuran referencias a la batalla de Bailén o a alguno de los protagonistas a título individual; del mismo modo, se excluía del recuerdo al resto de nacionalidades que habían padecido en la isla, como polacos, suizos o alemanes, como se ha mencionado. Este monumento, al contrario que la mayoría de los existentes en Europa, no conmemora un hecho de guerra específico, un episodio o un héroe concreto, sino a un grupo anónimo de militares,

⁵ *El Heraldo*, n.º 1.540, 17/6/1847, p. 4; *El Eco del Comercio*, n.º 1.443, 16/6/1847, p. 2.

⁶ *La Unión*, n.º 113, 19/6/1847, p. 1.

⁷ *Diario Constitucional de Palma*, n.º 85, 24/6/1847, p. 2.

la mayoría de los cuales soldados rasos, que compartieron los padecimientos que acompañaron a su estadía en Cabrera.

Cabarrús se encargó de los primeros traslados de restos en junio de 1847, así como de la gestión de la cesión perpetua del terreno en el que se iba a levantar el monumento funerario. Los trabajos comenzaron en el verano de ese año tras un servicio religioso en el que estuvieron presentes franceses y españoles (Barbey, 1948, pp. 162-163; Bover, 1847, pp. 5-6). Este obelisco memorial, culminado por una cruz, se halla en un punto desde el que es visible a distancia desde el mar y es la iniciativa francesa más antigua de las que muy pocas perviven en España. Se eleva 7,73 metros de altura y se encuentra realizado en piedra de Santanyi (Tous Meliá, 2017, pp. 128 y 260). Esta «rareza» monumental en cuanto a su origen y objeto de conmemoración en el contexto español fue finalizada el 22 de agosto. Bover lo describe de la siguiente forma:

forma su base un escalón de palmo y medio de alto, dos y medio de ancho y doce en cuadro. Sobre este escalón hay un cubo de ocho palmos, con un plinto de ocho pulgadas de alto. Desde la faja que lo circuye se levanta una pirámide cuadrada, cuya disminución no empieza hasta la altura de dos palmos, con el objeto de que su base permita la colocación de una lápida de mármol [...]. El remate de la pirámide es truncado, y en su base superior tiene una cruz de hierro colado de cinco palmos de alto. La altura del monumento desde el suelo hasta la cruz es de treinta y siete palmos (Bover, 1847, p. 23).

La primera piedra había sido colocada diez días antes, el 10 de agosto, en el contexto de una travesía marítima del barco *Vulcano* entre las islas, encabezada por Fernando Cotoner, Capitán General de Balears y Joaquín Maximiliano Gibert, Jefe Político de la provincia. Los acompañaba el ya mencionado Cabarrús y lo hacía con una misión: dar inicio a los trabajos constructivos del monumento proyectado. La última parada de la ruta fue Cabrera, donde el cónsul de Francia en el archipiélago «asistió a la ceremonia y puso la primera piedra del monumento que se está erigiendo á la memoria de los franceses prisioneros, que durante la guerra de la independencia fallecieron en aquella isla; debajo de cuya piedra depositó una moneda».⁸ De ese modo se recalcaba que la iniciativa de la construcción era francesa, como lo era también la memoria. La noticia de la culminación de la obra tardó en arribar a París, puesto que, hasta octubre, dos meses más tarde, no apareció en la prensa (ver [Figura 1](#), Bover, 1847, p. 224)⁹.

⁸ *El Noticiero Balear*, n.º 34, 13/8/1847, pp. 3-4.

⁹ *Journal des débats politiques et littéraires*, 19/10/1847, p. 2.



Figura 1. Fuente: Bover (1847, p. 224).

Pero la memoria pública no se detiene, sino que evoluciona y adopta nuevas formas. Durante los últimos años se han llevado a cabo misiones para explorar y estudiar los elementos remanentes de la presencia de los prisioneros napoleónicos en la isla. La última campaña tuvo lugar en el otoño de 2022, organizada por la AASCAR («Association pour l'Archéologie des Sites des Conflits Armés Récents») bajo el nombre «Cabrera: L'île-prison des soldats de Napoléon», que incluye la reconstrucción en 3D de las cuevas donde se refugiaron los soldados. Se enmarca en un plan plurianual con vigencia hasta 2024 y que tiene el apoyo de la *Fondation Napoléon* (Houdecek y Lemaire, 2024; AASCAR, 2023). Estas operaciones no afectan al

monumento de Joinville, pero abordan la misma cuestión que este conmemora: los padecimientos y la experiencia vital de aquellos que se vieron recluidos en Cabrera. Los resultados de campañas arqueológicas anteriores y una comparativa con el castillo de Portchester, el otro gran centro de reclusión de prisioneros, los ha estudiado Cox (2017, pp. 30-32).

A la hora de reflexionar y estudiar el monumento y el proceso que llevó a su erección, es importante prestar atención al bagaje de Joinville, puesto que en 1840 había sido el encargado de retornar las cenizas de Napoleón Bonaparte a Francia. Dicho acto se encuadraba en una política explícita del rey Luis Felipe de Orleans, quien había perdido popularidad desde 1832 y buscó ser identificado con el Emperador, tal y como muestra esta caricatura publicada en *Le Charivari*, donde intenta colocarse el bicornio napoleónico, pero comprueba que no le encaja (ver [Figura 2](#)).

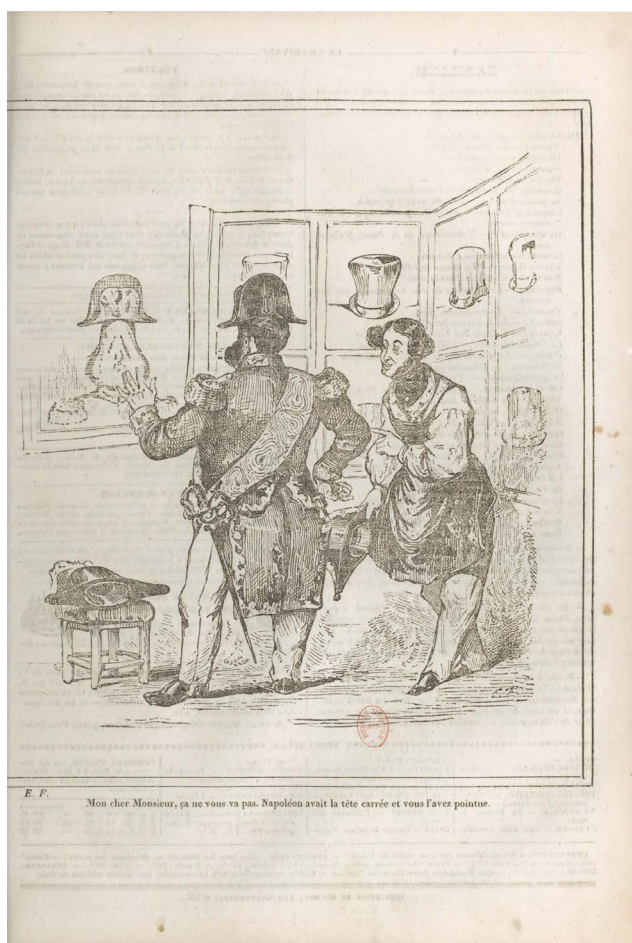


Figura 2. Fuente: *Le Charivari*, nº 153, 3 de junio de 1834, p. 3.

La política «napoleonística» de Luis Felipe se había materializado a través de medidas como la culminación de las obras del Arco del Triunfo, la colocación de la estatua de Napoleón en la plaza *Vendôme* en 1836 o la creación de la Galería de las Batallas en Versalles en 1837, en la que se celebraba al Napoleón guerrero y, por tanto, las victorias pretéritas de Francia (Hazareesingh, 2005, p. 198; Jourdan, 2004, p. 75). La recuperación de la memoria imperial se percibía como un posible refuerzo de la deteriorada imagen pública de la Monarquía de Julio. Sin embargo, a pesar de este contexto, del boato y del carácter masivo del recibimiento de las cenizas de Napoleón en 1840 desde su arribada a Cherburgo hasta la entrada en París y el frenesí hacia lo napoleónico que lo siguió, el régimen de Luis Felipe tuvo escaso éxito en arrogarse todos esos actos como suyos (Cañas de Pablos, 2022, pp. 126-128). Aun así, queda clara la voluntad de dar impulso a la identificación entre las glorias pasadas de la nación con un presente algo más gris. Esgrimir a Napoleón podía resultar útil políticamente, pero no siempre era suficiente (ver [Figura 3](#)).



Figura 3. Fuente: RFI/Aida Palau. Publicada en RFI (2021).

3.3. *El papel de los veteranos de Cabrera*

La tendencia a blandir el recuerdo del pasado imperial francés por parte de los Orleans no se dio en el vacío. Durante años, los veteranos de 1799-1815 se habían alzado como vector imprescindible para la leyenda napoleónica, recuerdos vivos de una época de gloria para el país que ellos habían protagonizado y que se encargaban de rememorar cuando tenían ocasión. Su visibilidad social era patente, puesto que muchos de ellos cayeron en la mendicidad por su incapacidad para reincorporarse —o directamente incorporarse si habían sido reclutados siendo adolescentes— a la vida civil (Hazareesingh, 2005, pp. 293-294 y 311; Cañas de Pablos, 2022, pp. 129-130). De hecho, en no pocas ocasiones recurrieron a la redacción de estas memorias con el afán de reunir dinero para poder subsistir.

Las memorias del cautiverio de Cabrera y las descripciones e informes sobre el mismo fueron temas recurrentes en la treintena aproximada de publicaciones de los veteranos, que se enmarcaban en una reivindicación más o menos tácita del Imperio¹⁰. No obstante, la censura napoleónica impidió hasta comienzos de 1815 que los franceses conocieran de forma masiva el destierro balear de parte del ejército imperial destinado en España. Las sucesivas publicaciones se multiplicaron al mismo tiempo que lo hacían las cifras de fallecidos en la isla mediterránea, pasando de los 1200 de las primeras obras a los 19 000 que se indicaban años después. Con ese proceso, la mitificación se hizo aún totalmente palpable y los *cabrériens* ya eran un elemento más de la leyenda imperial (Dufour, 2009, p. 162).

Más allá de las ediciones de memorias y relatos, en 1836 dos grupos de antiguos cautivos de Cabrera enviaron peticiones a la Asamblea Nacional francesa en el nombre de 400 supervivientes, pidiendo solidaridad y apoyo para ellos, además de acusar al país de haberlos maltratado y olvidado. Afirmaban que aún quedaban 3.000 hombres vivos de entre quienes habían pasado por la isla y daban la cifra de 16.000 fallecidos entre los prisioneros de Bailén, además de compararse con quienes habían sobrevivido a la inclemente expedición a Rusia de 1812. En todo caso, la respuesta parlamentaria fue negativa porque, en caso de acceder a las pretensiones de los *cabrériens*, preveían una avalancha de peticiones similares (Smith, 2001, pp. 174-175). Sus demandas quedaron sin respuesta y la memoria hacia lo sucedido en la isla fue diluyéndose hasta casi convertirse en fábula.

Sin embargo, la confluencia de dos memorias, la encarnada por los veteranos supervivientes y la tallada en piedra, se produjo a raíz de la llegada a Francia de la noticia del monumento de 1847. Tal y como narra Froger en su libro sobre los presos de Cabrera, una vez que quienes, ya sexagenarios, aún quedaban vivos en París se enteraron de las gestiones de Joinville, decidieron reunirse para asistir a una misa

¹⁰ Ejemplos de etapas y enfoques diversos, en Froger (1849); Masson (1839); Dubuc (1815); Wagré (1833).

fúnebre en honor de sus compañeros fallecidos y celebrar un banquete a continuación. En los discursos posteriores, el discurso del presidente del evento reflejó a la perfección la conexión entre las memorias colectiva, grupal e individual (Froger, 1849, p. 11, traducción del autor):

Cada hora, a partir de este momento, disminuirá nuestro número, y pronto los *Cabrenses* solo existirán en el recuerdo de algunos. Comprometámonos a reunirnos hasta nuestros últimos días, en esta misma fecha, para rezar, como hoy por aquellos que nos precederán en la tumba.

El monumento reavivó la memoria de Cabrera dentro del aún vigoroso recuerdo de la etapa napoleónica. Los prisioneros que habían pasado por la isla formaban parte del grupo de «héroes de la gesta imperial» por derecho propio. Su celebridad, especialmente en el ámbito local, se reforzó durante sus últimos años de vida acudiendo a actos o simplemente contando su experiencia a quien quisiera escucharla. No obstante, la publicación de memorias escaseó en la década de 1860, por dos motivos. Por un lado, los fallecimientos de los veteranos y, por otro, la contradicción entre la visión negativa hacia los españoles que aparecían en las obras autobiográficas y la visión romántica de la España de Merimée, dominante en esa época. Tuvo lugar una final recuperación fugaz tras la derrota de 1870 frente a Prusia, tras la que hubo voluntad de exaltar los valores de abnegación y sacrificio del soldado francés (Dufour, 2009, pp. 165-168).

Yendo más allá del caso francés y a pesar de contar con un potencial político mucho menor, resultan de gran interés las memorias escritas por los soldados alemanes, como Philipp Schwein o Johann Christian Mämpel o diversos compendios de recuerdos de militares napoleónicos, como el publicado por el profesor Ludwig Zeidler en 1844. De igual forma sucedió con los dos centenares de soldados polacos presentes en la isla, aunque sus testimonios escritos específicos fueron mucho más escasos, ya que solo puede mencionarse a Stanisław Broekere. El caso suizo se reduce al listado que aparece en una obra enciclopédica de finales del XIX, que recoge nombres como los de los lugartenientes Ruttimann o Wagner, trasladados a Cabrera (Friederich-Stegmann, 2003, pp. 172-179; Bak, 2009, pp. 224-225, para Polonia; el caso suizo en De Schaller, H., 1883, p. 68). No obstante, la memoria monumental de Cabrera dejó de lado a todos ellos, puesto que no aparecen en la pirámide de Joinville, literalmente circunscrita a «los franceses».

El de la isla balear de Cabrera supuso uno de los peores cautiverios sufridos por el ejército napoleónico. Con el tiempo, derivó en la erección de uno de los monumentos memoriales más especiales que existen en relación con la guerra de 1808 en España. El hecho de que la iniciativa partiese de la Corona de los Orleans hace de la obra algo aún más distintivo. El monolito a los soldados allí fallecidos desde 1809 es una construcción híbrida: se halla en territorio español, pero en realidad se trata

de una conmemoración netamente francesa que tenía como meta proyectarse en la propia Francia, desde Cabrera hacia París, y reforzar la Monarquía de Julio.

4. EL TIEMPO LO CURA TODO: LA MEMORIA PÚBLICA NAPOLEÓNICA RECIENTE

El resto de los monumentos napoleónicos en España surgieron —y continúan haciéndolo— en un momento histórico posterior muy diferente. De hecho, la práctica totalidad de ellos se ha construido de 1990 en adelante, con el país siendo miembro de la Unión Europea y con un contexto de superación de las barreras identitarias nacionales, aunque solo sea en el plano discursivo. La colaboración entre administraciones locales, autonómicas, nacionales e incluso extranjeras ha sido fundamental para esta extensión monumental reciente. La sociedad civil, especialmente a través de las asociaciones de recreación histórica, también ha contribuido a este proceso que ha alcanzado prácticamente todas las regiones peninsulares españolas.

Esta pequeña «edad de oro» de la monumentalidad napoleónica, conformada por una veintena de ejemplos, combina algunos que rememoran episodios negativos de la presencia de las tropas imperiales en España con otras piezas centradas en el comportamiento y el valor desplegados por los soldados al servicio de Napoleón, algo impensable hace no tanto tiempo.

4.1. *El buen francés: honor del enemigo*

El monolito construido en Cabrera en 1847 fue una excepción en cuanto a memoria del invasor durante el siglo XIX. La Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza de 1908, a pesar de su explícita voluntad de avenencia y del impulso monumental que el acontecimiento dio a la capital aragonesa, no se tradujo en construcciones en ese sentido. Este apartado del artículo es doble. Por un lado, se recopilan geográficamente el resto de monumentos de memoria imperial existentes en España, mientras que, por otro, se realiza un análisis relacional y comparativo entre los mismos. Habrá que esperar 116 años hasta 1963, en pleno franquismo, para que en San Sebastián se incluya a los combatientes franceses en la placa que recuerda por igual a los soldados ingleses, portugueses y españoles muertos el 31 de agosto de 1813. Inaugurada en el 150 aniversario del incendio de la capital guipuzcoana, se sitúa en el patio de la ciudadela (Chappet, Martín y Pigeard, 2005, p. 745).

Por su parte, el Ayuntamiento de Madrid colocó en 1991 una placa (ver [Figura 4](#)) que invirtió el sentido de cualquier otra conmemoración de la guerra contra la invasión imperial, puesto que el celebrado es el antiguo *Ogro*. El hito dice: «AQUÍ ESTUVO / EL RECUERDO / QUINTA DE LOS DUQUES / DE PASTRANA DONDE / NAPOLEÓN /



Figura 4. Fuente: Fotografía del autor.

BONAPARTE / SE ALOJÓ EN DICIEMBRE / DE 1808» (Chappet, Martin y Pigeard, 2005, p. 730). El nombre y apellido del emperador aparecen en letras de mayor tamaño que el resto. De ese modo, se recuerda la presencia de Napoleón en una finca al noreste de la ciudad en diciembre de 1808 (entonces perteneciente al pueblo de Chamartín de la Rosa, anexionado por Madrid en el siglo xx). El pequeño rombo dorado supone un giro completo en el sentido conmemorativo; de repente, el paso del enemigo de Daoiz y Velarde, héroes máximos del madrileñísimo Dos de Mayo, por la ciudad tras su triunfo en Somosierra era celebrado como hito en la historia municipal. No hay acto bélico, tampoco aparecen denominaciones de tropas o figuras españolas. Simplemente se rescata para la memoria colectiva el hecho de que Napoleón se alojó en esa zona de la ciudad y es mencionado en tanto en cuanto es *él*, ni siquiera se indica que era emperador o el contexto en el que fugazmente pasó por la zona. Paradójicamente, Menéndez Pidal había usado esta estada del Emperador a las puertas de Madrid en sentido inverso, puesto que el hecho de que no se atreviera a alojarse en el Palacio Real y hacerlo donde lo hizo «tiene un valor extraordinario por ser prueba evidente del temor de Napoleón». Se refería al Palacio de los duques de Pastrana, sito enfrente de donde hoy se halla la placa mencionada. Estas valoraciones se hicieron en 1974, en dos reuniones asamblearias de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en las que Pidal se opuso a que la piqueta derribase el palacete y solicitaba que la Academia aconsejase al Estado su declaración como monumento nacional. Al mismo tiempo, proponía que el edificio se convirtiera en un museo que recordase «la incomparable gesta del pueblo de Madrid en el día 2 de mayo de 1808»¹¹.

Noventa kilómetros hacia el norte, junto a la autovía A-1 Madrid-Burgos, se inauguraron dos antenas de memoria en la década de 1990. En la cumbre del puerto de Somosierra, donde tuvo lugar la batalla del mismo nombre el 30 de noviembre de 1808, se halla la Ermita de Nuestra Señora de la Soledad, reforzada por las defensas españolas y en cuyas paredes hay dos lápidas. La primera, bilingüe, es iniciativa de la República de Polonia. Colocada en 1993, reza: «POLSKIM BOTAHEROM / SOMOSIERRY / 30 LISTOPADA 1808 / A LOS HÉROES POLACOS / DE LA BATALLA DE SOMOSIERRA / DEL 30 DE NOVIEMBRE DE 1808 / RZECZPOSPOLITA POLSKA / REPÚBLICA DE POLONIA / 1993». Cinco años después se colocó en otro muro de la misma ermita una segunda placa. Se desconoce el origen político o decisorio en este caso. Dice así: «IN MEMORIAM / A / LOS ESPAÑOLES Y POLACOS / QUE DIERON SU VIDA / EN LA BATALLA DE SOMOSIERRA / 1808-1998». Hay que añadir un tercer elemento de la ermita, en este caso en el interior: se trata de la vidriera que el Ministerio de Cultura y Patrimonio Nacional de Polonia donó en 2008, bicentenario de la batalla, y

¹¹ *Academia: Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 39 (Segundo semestre 1974), pp. 95-97. El edificio se salvó, pero hoy es un espacio privado destinado a la celebración de eventos de todo tipo, nada que ver con la idea de Menéndez Pidal.

que representa a dos soldados, uno artillero español y un jinete polaco, aparte de una imagen de Nuestra Señora de Czestochowa (Vela, 2008, pp. 82-83; Chappet, Martin y Pigeard, 2005, p. 730) (ver [Figura 5](#)). Sobre todo, al acercarse al primero y al tercero de los elementos de Somosierra, iniciativas oficiales polacas, hay que tener presente el peso que lo napoleónico en general tiene en esa memoria nacional, al haber resucitado el estado polaco a través de la versión reducida del mismo que suponía el Gran Ducado de Varsovia (Getla-Kenig, 2019, pp. 1-2). No debe olvidarse que el propio Bonaparte aparece en el himno actual del país. En todo caso, el componente nacional(ista) es evidente y, a medida que pasa el tiempo, se ahonda en la voluntad de confraternización y armonía entre dos naciones a la que la geografía y la historia europea posterior distanció. La mirada hacia el pasado deriva en una memoria pacificadora, que temple la visión colectiva, y por tanto individual, hacia los hechos. En contraste, el monumento de Cabrera resulta aún más sorprendente: para el momento en el que se erigió (1847), solo habían transcurrido 39 años desde la derrota de Bailén y 24 desde la invasión francesa de los Cien Mil Hijos de San Luis de 1823.

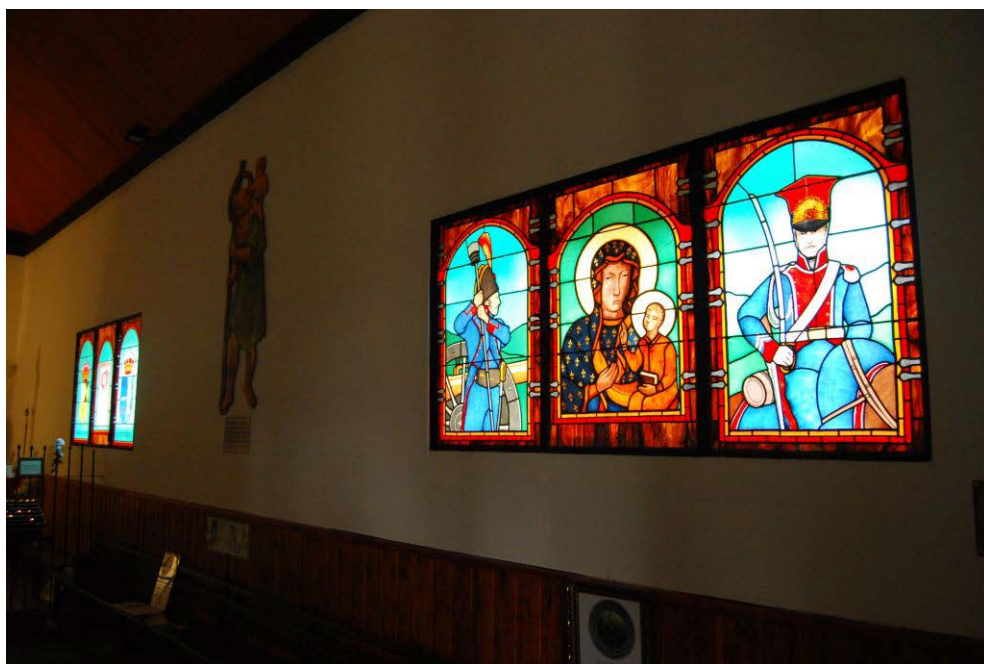


Figura 5. Fuente: Ayuntamiento de Somosierra. Recuperado de <https://turismo.aytosomosierra.es/somosierra/patrimonio-cultural> el 28 junio de 2024.

El prominente hito conmemorativo que el Ministerio de Obras Públicas levantó en 1990 junto al kilómetro 118 de la autovía A-5, en la falda sur del Cerro Medellín,

conmemora la batalla de Talavera de 1809. De hecho, el origen del monumento se halla en los trabajos de construcción de la carretera, en los que afloró una fosa común que sólo podía ser del combate. Esta circunstancia impulsó una iniciativa de varios historiadores para que se fomentase la memoria del lugar, que recogieron los ministerios de Defensa y Obras Públicas. Con todos los honores y con la presencia de las autoridades políticas y militares españolas y de los embajadores de algunos de los países que contaron con soldados contendientes —Francia, Reino Unido, Bélgica, Países Bajos, Portugal y Alemania— se inauguró el 3 de octubre de 1990. En un sentido memorial similar al monumento donostiarra mencionado, se equiparan los ejércitos imperial —llamado francés—, británico y español con tres grandes formas triangulares de 27 metros de altura que confluyen hacia el cielo hasta una corona de laurel. Cada una de esas velas de hormigón simbolizan los tres países que combatieron en ese punto del norte de la provincia de Toledo. A sus pies, un cuadro realizado con cerámica en el que se detallan las posiciones militares el 28 de julio de 1809, día del combate. De nuevo nos hallamos ante una conmemoración netamente militar y que profundiza en un sentido de concordia y reconciliación, limitándose al desempeño castrense de lo conmemorado. Los discursos de la inauguración, de hecho, hicieron hincapié en el carácter europeo del monumento (Del Vado, 1990, p. 68; Bellido, 2020, p. 48; Stampa, 1996, pp. 13-14; Rodríguez y Cueto, 2004, p. 79). También en la provincia de Toledo se sitúa la placa de azulejos en honor al general Pierre Belon Lapisse, en la iglesia de San Julián en el municipio de Santa Olalla (Toledo), colocada en su tumba en el año 2022. El oficial napoleónico resultó gravemente herido en la batalla de Talavera, desde cuyo campo fue trasladado hacia el este, al cercano municipio de Santa Olalla, donde falleció pocos días después. La nueva pieza de cerámica, iniciativa de las autoridades municipales, sustituye a una anterior, desaparecida en algún momento del siglo xx (ver [Figura 6](#)). El hecho de que estuvieran presentes los adjuntos militares de las embajadas inglesa y francesa refleja de nuevo una voluntad de concordia por un lado, pero también del capital simbólico a nivel político y diplomático de esta clase de actuaciones y manifestaciones.

También son de finales del siglo xx y comienzos del xxi los puntos de memoria relativos a la batalla de Elviña, en La Coruña, ocurrida el 16 de enero de 1809. El monolito con el texto que el mariscal Soult dejó sobre su rival inglés John Moore fue inaugurado en 1998 por el embajador francés en España, en el día del aniversario del combate, en el que se recreó la batalla (Sánchez García, 2019, p. 3). Este lugar de memoria, que sustituye a uno anterior (Sánchez García, 2021, p. 168), se halla en el campus universitario de la ciudad y recalca el reconocimiento del valor y del desempeño de aquellos que lideraron los ejércitos enfrentados. Al año siguiente, en la iglesia de San Vicente se colocó una lápida trilingüe que dice: «190 ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE ELVIÑA / EN MEMORIA DE LOS CAÍDOS EN LA BATALLA DE ELVIÑA / EL 16 DE ENERO DE 1809», coronada por las banderas francesa y británica. La ausencia de indicación de la nacionalidad de los soldados recordados convierte a la lápida en



Figura 6. Fuente: J. M. (2022).

un homenaje ecuménico a todos aquellos que participaron en ella. Por otra parte, fue una iniciativa promovida por nueve entes distintos —ayuntamiento, ejército español, embajadas, universidad y varias asociaciones culturales y recreacionistas—.

En 2002, por iniciativa del ayuntamiento coruñés y del grupo recreador local, se descubrió junto a la mencionada parroquia una lápida en castellano y en francés en memoria del general imperial Manigault Gaulois, fallecido durante el enfrentamiento. A pesar de formar parte de las tropas consideradas invasoras, su sacrificio por una serie de valores, desde una perspectiva política y de culto al individuo, se percibe como valioso una vez que la distancia temporal es lo suficientemente grande, lo que lo conecta con la azulejería en memoria de Lapisse ya mencionada.

Por último, el Jardín de San Carlos, donde se haya la tumba del general británico John Moore, acoge desde 2009 una lápida con la leyenda: «LA CIUDAD DE A CORUÑA / ORGULLOSA DE SU HISTORIA, / EN CONMEMORACIÓN / DEL BICENTENARIO DE LA BATALLA / QUE ENFRENTÓ ANTE SUS PUERTAS / A BRITÁNICOS Y FRANCESES / EL 16 DE ENERO DEL AÑO 1809 / A CORUÑA, 16 DE ENERO DE 2009». La colocación de la misma, proyecto en el que participaron el consistorio de La Coruña, las embajadas francesa y española y, de nuevo, una asociación de recreadores —en este caso británica: *The Royal Green Jackets*—, se enmarca en los ceremoniales políticos y militares a raíz del 200 aniversario del combate. La inscripción resulta de interés, porque por un lado pone el énfasis en el sentido histórico y local, que proyecta la «participación» de la ciudad en un hecho del pasado considerado relevante, al tiempo que se reconoce a los dos bandos, uno «aliado» en 1809 y otro enemigo.

Zaragoza y sus Sitios de 1808-1809 cuentan con una miríada de monumentos conmemorativos de tales eventos, que superan la treintena. De todos ellos, solo dos hacen mención del bando que asedió la ciudad. El primero se inauguró en 2005 y consiste en una placa situada en el lugar donde cayó mortalmente herido el general Bruno Lacoste, que ejercía como jefe de los ingenieros franceses —imperiales en realidad— durante los Sitios. Constituye otro ejemplo de reconocimiento al sacrificio personal, aunque sea del entonces considerado como enemigo. Está colocada en el actual Edificio Sanclemente y es una iniciativa de la Asociación Sitios de Zaragoza¹², la que también promovió la segunda de estas antenas de memoria. Esta alcanza el plano internacional, puesto que homenajea a los soldados polacos —la Legión del Vístula y los Lanceros del Vístula— que, como parte de las tropas napoleónicas, «lucharon con honor en los Sitios de Zaragoza», tal y como recoge la placa formada por azulejos. Es una obra bilingüe en castellano y en polaco que se inauguró en noviembre de 2013 en presencia del embajador de Polonia en España, además

¹² *Boletín de la Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza*, n.º 24, 1/11/2005. Recuperado de <https://www.asociacionlossitios.com/boletin-de-la-a-c-los-sitios-de-zaragoza-numero-24-1-de-noviembre-de-2005/> el 28 de junio de 2024.

de un grupo de recreadores procedentes de ese país¹³. Ambos países, en confines opuestos del continente europeo, mantienen cierto desconocimiento mutuo que también se refleja en la presencia polaca en suelo español, aunque esta relación ha tenido altibajos en los últimos 200 años (González Caizán, 2017, pp. 20-25).

En la localidad malagueña de Mijas se halla un azulejo con información sobre Franciszek Młokosiewicz, capitán del 4.º Regimiento de infantería polaco del Gran Ducado de Varsovia presente en la ciudad entre 1810 y 1811, además de una representación figurativa del personaje. Defendió el castillo de Fuengirola, entonces perteneciente a Mijas del asedio angloespañol realizado desde el mar. De acuerdo por la información transmitida por las autoridades municipales al autor, el pequeño recordatorio fue instalado en 2014 por el ayuntamiento del pueblo, quien se lo encargó al ceramista local Pepe Almidón.

Cerrando esta colección monumental y también de construcción muy reciente, se halla la llamativa dinámica conmemorativa que Arroyomolinos (Cáceres) ha desarrollado con periodicidad casi anual una tendencia memorial hacia la llamada Sorpresa de Arroyomolinos de octubre de 1811. En el paraje conocido como Las Charcas se han ido colocando monolitos con placas que homenajean a distintos regimientos que participaron en el combate. Por el momento se han documentado un total de 8 monumentos, uno de los cuales hace referencia al ejército imperial, en concreto al 40.º Regimiento de Infantería de Línea, dirigido por el general Girard (García García, 2022). También muy reciente y aún en Extremadura, pero en este caso en Badajoz, en cuya Alcazaba se colocó en marzo de 2023 una placa «en memoria de las tropas alemanas que cayeron combatiendo en Badajoz» y haciendo referencia a los sitios y al Regimiento Hesse Darmstadt «Gross und Erbprinz», que formó parte de las tropas napoleónicas, aunque sufrió el desdén de los franceses desde el momento en que se perdió la plaza pacense (Marabel Matos, 2013, pp. 1753-1756)¹⁴.

4.2. Recordando el agravio: la memoria negativa

No todo el recuerdo pétreo en España hacia lo napoleónico se centra en respeto por el desempeño en batalla o por empatía con el sufrimiento. En este breve apartado de cierre del artículo aparecen solamente dos limitados monumentos localizados en pequeñas localidades. Se trata de un azulejo en Muel (Zaragoza) y de una placa situada en el centro de Coca, en la provincia de Segovia. Ambos traen a

¹³ XXIII Ruta de la Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza, 1/11/2013. Recuperado de <https://www.asociacionlossitios.com/xxiii-ruta-de-los-sitios1-de-noviembre-de-2013/> el 28 de junio de 2024.

¹⁴ La Crónica de Badajoz, 15/03/2023. Recuperado de: <https://lacronicadebadajoz.elperiodicoextremadura.com/la-chronica-de-badajoz/2023/03/15/ii-recreacion-historica-sitios-badajoz-84674535.html> el 28 de junio de 2024.

la memoria eventos negativos protagonizados por las tropas imperiales y que en el pasado se ha decidido rememorar, recalando pérdidas o deterioros patrimoniales padecidos a consecuencia de la invasión napoleónica. Suponen una aproximación diferente a la voluntad de conectar la historia local con una memoria más amplia y más fácilmente reconocible.

La localidad castellana rememora en su *lieu de mémoire* cómo «las tropas de Napoleón Bonaparte saquearon este edificio, sede del Ayuntamiento, quemando en las inmediaciones parte del archivo histórico de una de las ciudades más antiguas de la península Ibérica» en 1808 (García García, 2013). Esto es, el suceso al que se hace referencia es la destrucción de los archivos municipales, un acto perjudicial para el pueblo, pero que a su vez le permite adherirse a la constelación de lugares napoleónicos, omnipresente en el continente europeo. En vez de olvidar, se refuerza el recuerdo de la pérdida de ese patrimonio para que la memoria local quede así vinculada con otra transnacional imperial, más amplia y profunda, siguiendo una tradición recurrente en España de la que ya se percató Delpu (2023, p. 219), aunque en esta ocasión no era un héroe local el mencionado, sino que «villanos» cuyo crimen tenía repercusiones en la escala física más cercana quedan así acusados de su delito a perpetuidad.

El caso aragonés resulta por un lado bastante similar, puesto que el hecho recordado es un fenómeno destructivo: la ermita de la Virgen de la Fuente fue «violada por los Franceses en los años 1810 y 1811», por lo que se restauró en 1817, según reza la cerámica a los pies del templo. Los soldados imperiales convirtieron la ermita en una caballeriza, circunstancia que produjo serios daños en la construcción (Lozano López, 2013, pp. 258-259). Al mismo tiempo, en la azulejería se indica fue «embaldosada nuevamente en agosto de 1879» por lo que la actual obra es al menos la segunda similar ubicada en el mismo lugar, es decir, su dimensión temporal es múltiple, ya que habla no solo del evento recordado, sino también de la memoria del propio monumento. Metamemoria hecha piedra.

Ambos lugares son ejemplos de memoria negativa, memoria del agravio, que busca dejar constancia de padecimientos sufridos a escala local y remarcando el origen de los mismos. Se sostienen en una lógica completamente opuesta al *damnatio memoriae*: se recuerda explícitamente a los responsables del ultraje recibido, pero también contribuye a engrosar el orgullo «de proximidad», aunque sea a través de recalcar la ofensa.

Antes de cerrar este apartado, se añade una referencia más, y se hace casi a título informativo y de forma separada por sus características. Además, el autor reconoce que la incluye muy dubitativamente por la falta de información que existe. Se trata de la cruz y la piedra tallada que los hermanos Mariano y Rafael Puig y Valls erigieron en 1910 cuando encontraron en su finca *Mas dels Arcs* restos humanos pertenecientes a soldados que participaron en los Sitios de Tarragona de 1811. La cruz es obra de los hermanos Pellicer fue restaurada y recolocada en 2013. A su

lado, una piedra tallada con la siguiente inscripción, realizada por P. Ricart: «Erigieron esta Cruz / dos santos amores: / el amor á Dios y el amor a la Patria / Mientras se conserven estos ideales / en nuestro pueblo; España / figurará, como nación independiente, / en la historia de la humanidad (Institut d'Estudis Catalans)». Su rasgo distintivo se encuentra en que se halla junto a un hospital de sangre perteneciente al ejército imperial y no lejos de un cementerio en el que los franceses enterraron al general Salme (Murillo Galimany, 2011, pp. 37-38)¹⁵. Los hermanos Puig y Valls sabían de esta circunstancia al decidir levantar el monumento, pero se desconoce si, al menos la cruz carente de lema, buscaba tener un carácter ecuménico. Se ha considerado conveniente mencionarlo teniendo presente el lugar en el que se hallan la cruz y la piedra.

5. CONCLUSIONES

Las políticas de memoria, cuya plasmación histórica más importante ha sido la erección de monumentos en las ciudades, se han desarrollado nutridamente en los últimos dos siglos. La delineación de antenas de memoria que señalasen de forma específica en el espacio hechos localizados en el tiempo siempre ha tenido la intencionalidad definida de remarcar aquellos sucesos pasados que refuerzan el statu quo político presente. Ideas más transversales como nación u orgullo local alimentan de forma subyacente esta clase de políticas públicas.

La guerra contra Napoleón, también conocida como Guerra de la Independencia, ha sido una fuente recurrente a la hora de apelar al nacionalismo español en el espacio público, pero las políticas conmemorativas en torno a ella también han buscado situar a pueblos y ciudades en la constelación de memoria que suponen las Guerras Napoleónicas. La lucha contra las tropas invasoras ha sido objeto de una serie de usos políticos de todo tipo. Los más de 370 monumentos relativos a la contienda que se mantienen en pie hoy en día son la encarnación de dicho fenómeno.

Por ese motivo, la existencia de varios elementos de historia pública que hacen mención directa al ejército ocupante resulta profundamente llamativa, al ir contracorriente de la tendencia mayoritaria de rechazo hacia el paso por España de las tropas napoleónicas. Todos ellos, independientemente de su tipología, aparecen en la Tabla 1. Es la memoria del enemigo que, con el transcurso de las décadas, era percibido de una forma más desapasionada. Por encima de todos ellos destaca el erigido en la isla de Cabrera, convertida en fosa común de muchos de los prisioneros napoleónicos allí recluidos desde 1809, ya que es el más antiguo y el

¹⁵ Tot Tarragona, 14/08/2013. Recuperado de <https://www.tottarragona.cat/ca/cultura/14694-tarragona-recupera-part-de-la-seva-historia-amb-la-restauracio-de-la-creu-commemorativa-del-setge-de-1811.html> el 28 de febrero de 2024.

que trata el hecho de mayor duración: un cautiverio que en algunos casos abarcó prácticamente toda la guerra. La idea del príncipe de Joinville se enmarcó además en una política más amplia de reivindicación del período napoleónico por parte de su padre, el rey Luis Felipe, por lo que la proyección de esta antena de memoria fue múltiple desde su nacimiento. El hecho de levantar el monumento en connivencia con las autoridades españolas reforzó su legitimidad y la cesión de estas a que se construyese el monolito es muestra del carácter multinivel que tiene la mirada social y política hacia el pasado.

La distancia temporal es un factor para tener en cuenta en la panoplia monumental que se ha detallado en estas páginas, como muestra el gran impulso que ha recibido la memoria hacia el ejército napoleónico durante los últimos años frente a una única iniciativa, francesa, además —lo cual la hace aún más especial—, antes de 1963. La voluntad de concordia internacional, sobre todo a partir de la incorporación de España a la Unión Europea en 1986, se ha acentuado y ha contribuido a que los actos en recuerdo de los episodios de la invasión napoleónica se desarrollen de forma diferente.

Los monumentos que podrían calificarse como «positivos» hacia la presencia de tropas napoleónicas en España son de una tipología muy variada. Por un lado, respecto al «objeto» conmemorado, que puede ser individual —Soult, Lapisse o Młokosiewicz—, colectivo definido nacionalmente —alemanes en Badajoz, polacos en Zaragoza— o directamente regimientos completos, en un sentido castrense-corporativo presente sobre todo en las obras impulsadas por grupos de recreadores históricos. Si incluimos en el análisis las obras que rememoran también de forma negativa la presencia de los soldados imperiales, los episodios referenciados van desde batallas a la destrucción y pérdida de patrimonio, como muestran los casos de Muel y de Coca.

Probablemente, la invasión napoleónica sea el evento histórico contemporáneo que ha generado una mayor cantidad de monumentos relacionados en España. Sin embargo, hasta el momento la investigación historiográfica en torno a estas obras de arte público se ha centrado solo en las referencias más importantes —el Dos de Mayo madrileño o la Batalla de Bailén— y en muchas ocasiones desde trabajos circunscritos a la historia local, muy útiles siempre, pero incompletos en más de un caso. Este artículo se localiza fuera de esos márgenes de trabajo, abriendo un camino nuevo y aportando resultados que pueden resultar muy útiles para futuras investigaciones sobre la monumentalidad conmemorativa pública en general y la del período 1808-1814 en particular.

Año	Lugar	Hecho conmemorado	Iniciativa
Memoria napoleónica positiva			
1847	Cabrera (Baleares)	Reclusión de prisioneros de Bailén	Príncipe de Joinville
1963	San Sebastián	Combatientes franceses, españoles, ingleses y portugueses muertos el 31 de agosto de 1813, en el incendio de la ciudad	Ayuntamiento de San Sebastián
1990	Talavera de la Reina (Toledo)	Batalla de Talavera	Ministerio de Obras Públicas
1991	Madrid	Presencia de Napoleón en la Quinta de los Duques de Pastrana	Ayuntamiento de Madrid
1993	Somosierra (Madrid)	«Héroes polacos de la batalla de Somosierra»	República de Polonia
1998	Somosierra (Madrid)	Espanoles y polacos muertos en la batalla de Somosierra	Desconocida
1998	La Coruña-Elviña	Mariscal Soult y John Moore	¿Gobierno francés?
1999	La Coruña-Elviña	Caídos en la Batalla de Elviña	Ayto de La Coruña, Cuartel General de la Región Militar Noroeste. Univ. de La Coruña / Embajadas de Francia y Reino Unido / Asoc. Histórico Cultural «The Green Jackets» / Orden de Caballeros de María Pita / Napoleonic Association / Asoc. Histórico Cultural Batalla de La Coruña
2002	La Coruña-Elviña	Manigault-Gaulois	Ayuntamiento de La Coruña y Comité Organizador de la Batalla de La Coruña
2005	Zaragoza	General Bruno Lacoste	Asociación Sitios de Zaragoza
2008	Somosierra (Madrid)	Vidriera con un artillero español y un jinete polaco, aparte de una imagen de Nuestra Señora de Czestochowa	Ministerio de Cultura y Patrimonio Nacional de Polonia

Año	Lugar	Hecho conmemorado	Iniciativa
2009	La Coruña	Soldados ingleses y franceses en la Batalla de Elviña	Ayto de La Coruña / Embajadas de Francia y Reino Unido / Asoc. Histórico Cultural «The Green Jackets»
2013	Zaragoza	Soldados polacos en los Sitios de Zaragoza	Asociación Sitios de Zaragoza
2014	Mijas (Málaga)	Franciszek Mlokosiewicz, militar polaco de la batalla de Fuengirola	Ayuntamiento de Mijas
2022	Santa Olalla (Toledo)	General Lapisse	Ayuntamiento de Santa Olalla e iniciativa popular
2023	Badajoz	Alemanes caídos en los Sitios de Badajoz. Regimiento Hesse Darmstadt “Gross und Erbprinz”	Ayuntamiento de Badajoz y Asociación de recreadores «Baluarte»
2020s	Arroyomolinos (Cáceres)	Sorpresa de Arroyomolinos-40. º Regimiento de Infantería francesa	Ayuntamiento de Arroyomolinos
Memoria napoleónica negativa			
1879	Muel (Zaragoza)	Destrucción de la ermita (1810 y 1811)	Desconocida, probablemente municipal
2008	Coca (Segovia)	Destrucción del archivo (1808)	Ayuntamiento de Coca
Memoria napoleónica dudosa			
1910	Tarragona	Hospital Francés (?) y muertos de los Sitios de Tarragona	Mariano y Rafael Puig y Valls

Tabla 1. Inventario de monumentos de memoria napoleónica en España (2024).

6. ARCHIVOS

AHN. *Archivo Histórico Nacional*. Madrid, España. Estado, 46D, h. 29. «Traslado de prisioneros franceses a Baleares y Canarias».

AHN. *Archivo Histórico Nacional*. Madrid, España. Estado, 46F y 46G. «Comisión para la custodia de los prisioneros franceses en los pontones de Cádiz y de los

enfermos en el Real Hospital de Marina de la Segunda Aguada de Cádiz y en el Cuartel General de San Carlos (San Fernando)» y «Correspondencia sobre prisioneros de guerra que quieren tomar parte por las tropas nacionales».

AHRAMIB. *Archivo Histórico de la Real Academia de Medicina de las Islas Baleares*. JUNSAIB-ECJ-EC43. «Expediente formado referente a las calenturas sospechosas que padecían los prisioneros franceses enviados del Reyno de Murcia y Valencia en la Isla Cabrera». Recuperado de https://arxiu-historic.uib.cat/uploads/r/arxiu-historic-de-la-reial-academia-de-medicina-de-les-illes-balears/2/d/o/2doad7fbo6b4efe26foe2984f9e7b6e5a392fd4357d46a6ab5c412512f10b2co/ES_AHRAMIB_JUNSAIB-ECJ-EC43.pdf el 28 de junio de 2024.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AASCAR. (s/f). *Cabrera - L'île-prison des soldats de Napoléon*. <https://www.aascar.org/mission-2022> (Consultado el 4/7/2024).

Alonso Carballés, J. J. (2007). La memoria de la Guerra Civil en el espacio urbano de Bilbao. *Bidebarrieta*, 18, pp. 399-421.

Álvarez Junco, J. (1994). La invención de la Guerra de la Independencia. *Studia Historica-Historia Contemporánea*, 12, pp. 75-99.

Álvarez Junco, J. (1997). El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras. En R. Cruz, M. Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea* (pp. 35-67). Madrid: Alianza Editorial.

Álvarez Junco, J. (2001). *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.

Álvaro Estramiana, J. L., Garrido Luque, A. Schweiger Gallo, I. y Torregrosa Peris, J. R. (2007). *Introducción a la psicología social sociológica*. Barcelona: UOC.

Ayuntamiento de Somosierra. (s/f). *Patrimonio arquitectónico y etnográfico, lugares de interés*. Disponible en: <https://turismo.aytosomosierra.es/somosierra/patrimonio-cultural>. (Consultado el 4/7/2024).

- Bak, G. (2009). Los soldados polacos presos en la isla de Cabrera. En VV. AA., *Oblidats a Cabrera. El captiveri napoleònic, 1809-1814* (pp. 217-229). Palma de Mallorca: Parque Nacional de Cabrera/Gobierno Balear.
- Bar Shuali, J. J. (2022). *El ejército napoleónico. La Grande Armée de Napoleón y sus aliados*. Madrid: Nowtilus.
- Barbey, F. (1948). Le Prince de Joinville et Cabrera Île Maudite: d'après des documents inédits. *Revue des Deux Mondes*, 9, pp. 152-163.
- Beer Sheva, I., Beiner, G. (2020). Foreword: Unravelling the Nineteenth-Century Nexus of Consuming Commemoration. En K. Haldane Grenier, A. R. Mushal (eds.), *Cultures of Memory in the Nineteenth Century. Consuming Commemoration* (pp. v-xii). Cham: Springer/Palgrave Macmillan.
- Bellido, R. (2020). El campo de batalla como recurso turístico. En R. Zurita, A. Abbou (eds.), *Historia pública de la guerra de 1808-1814* (pp. 45-52). Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Bennásar Alomar, M. (1988). *Cabrera. La Junta Gubernativa de Mallorca y los prisioneros del ejército napoleónico*. Palma de Mallorca: Ayuntamiento de Palma de Mallorca.
- Bevan, R. (2023). *Mentiras monumentales. La guerra cultural sobre el pasado*. Valencia: Barlin Libros.
- Bover, J. M. (1847). *Cabrera. Sucesos de su historia que tienen relación con la de Francia*. Palma de Mallorca: Imprenta de D. Felipe Guasp.
- Calvet, S. (2014). Aux mains des Britanniques et des Espagnols. La captivité des soldats et des officiers français au Royaume-Uni et dans la péninsule ibérique. *Napoleonica. La Revue*, 21, pp. 17-34. <https://doi.org/10.3917/napo.153.0017>
- Cañas de Pablos, A. (2022). *Los generales políticos en Europa y América. Centauros carismáticos bajo la luz de Napoleón (1810-1870)*. Madrid: Alianza Editorial.
- Castaño Zuluaga, L. O. (2012). Antecedentes del Derecho humanitario bélico en el contexto de la Independencia hispanoamericana. *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos*, 35, pp. 323-368. <https://doi.org/10.4067/S0716-54552012000100010>

- Castells, L. (2010). Celebremos lo local, celebremos lo nacional. (La política estatutaria en el País Vasco, 1860-1923). En M. Esteban, M. D. de la Calle (eds.), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea* (pp. 355-378). Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Chappet, A., Martin, R., Pigeard, A. (eds.). (2005). *Le guide Napoléon. 4000 lieux de mémoire pour revivre l'épopée*. París: Tallandier.
- Choay, F. (2007). *Alegoría del patrimonio*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Cox, D. (2017). *Stages of Captivity: Napoleonic Prisoners of War & their Theatricals, 1808-1814*. (Tesis inédita de doctorado). Warwick: University of Warwick.
- De Schaller, H. (1883). *Histoire des troupes suisses au service de France sous le règne de Napoléon I^{er}*. Lausana: Imer & Payot.
- Del Vado, S. F. (1990). Recuerdo de una batalla histórica. *Revista Española de Defensa*, 33, pp. 68-69.
- Delpu, P.-M. (2023). Martyrs politiques et communautés d'appartenance (Espagne, milieu du xix^e siècle). En J.-C. Caron y A. Dubet (dirs.), *La modernisation de l'Espagne. Entre réformes et conflits (xix^e et xx^e siècles)* (pp. 213-224). Clermont-Ferrand: Presses Universitaires Blaise Pascal.
- Demange, C. (2004). *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*. Madrid: Marcial Pons.
- Deyá Bauzá, M. J. (2009). La cuestión de los prisioneros napoleónicos de Cabrera en la situación político-institucional de 1809-1810. En VV. AA., *Obligats a Cabrera. El captiveri napoleònic, 1809-1814* (pp. 79-96). Palma de Mallorca: Parque Nacional de Cabrera/Gobierno Balear.
- Dubuc. (1815). *Relation circonstanciée de la situation des prisonniers français, détenus dans l'île de Cabrera, depuis le 5 mai 1809*. París: S.e.
- Dufour, G. (2009). Cabrera vista desde Francia. En VV. AA., *Obligats a Cabrera. El captiveri napoleònic, 1809-1814* (pp. 159-170). Palma de Mallorca: Parque Nacional de Cabrera/Gobierno Balear.
- Esdaille, C. J. (2008). Prohombres, aventureros y oportunistas: la influencia del trayecto personal en los orígenes del liberalismo en España. En A. Blanco, G.

- Thomson. (eds.), *Visiones del liberalismo: política, identidad y cultura en la España del siglo XIX* (pp. 65-86) Valencia: PUV.
- Friederich-Stegmann, H. (2003). Memorias de alemanes en España durante la Guerra de la Independencia. La estancia de Philipp Schwein en la isla de Cabrera. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV*, 16, pp. 359-390. <https://doi.org/10.5944/etfiv.16.2003.3441>
- Froger, G. (1849). *Souvenirs de l'Empire. Les Cabrériens, épisode de la guerre d'Espagne*. París: Amyot.
- García García, M. Á. (2013). *Coca (Segovia)*. Blog «Batalla de Trafalgar». Recuperado de <http://www.batalladetrafalgar.com/2013/12/coca-segovia.html> el 28 de junio de 2024.
- García García, M. Á. (2022). *La sorpresa de Arroyomolinos de Montánchez*. Blog «Batalla de Trafalgar». Recuperado de <http://www.batalladetrafalgar.com/2022/11/la-sorpresa-de-arroyomolinos-de.html> el 28 de junio de 2024.
- Getka-Kenig, M. (2019). Public Commemoration, Modern National Identity and the Crisis of Neoclassicism – The Case of Early Nineteenth-Century ‘Resurrected’ Poland. *RIHA Journal*, 207, pp. 1-22. <https://doi.org/10.11588/riha.2019.0.69955>
- Gille, L.-F. (1893). *Les prisonniers de Cabrera. Mémoires d'un conscrit de 1808*. París: Victor-Havard.
- González Caizán, C. (2017). *Por Napoleón en España. Los soldados polacos en los Sitios de Zaragoza (1808-1809)*. Legardeta: Foro para el Estudio de la Historia Militar en España.
- Guixé i Corominas, J. (2017). Espais i models sobre la memòria històrica. Usos públics i patrimonials. En R. Arnabat Mata, M. Duch Plan (coords.), *Polítiques memorials, fronteres i turisme de memòria* (pp. 25-47). Perpignan/Tarragona: Presses Universitaires de Perpignan/Publicacions URV.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: PUZ.
- Hazareesingh, S. (2005). *La légende de Napoléon*. París: Tallandier.

- Houdecek, F. (2016). L'honneur instrumentalisé: le sort des généraux de Baylen (1808-1812). *Napoleonica. La Revue*, 25, pp. 142-161. <https://doi.org/10.3917/napo.025.0142>
- Houdecek, F., Lemaire, F. (2024). *Les fouilles archéologiques de l'île de Cabrera (2019-2024)*. Recuperado de <https://www.napoleon.org/histoire-des-2-empires/articles/les-fouilles-archeologiques-de-lile-de-cabrera-2019-2024/> el 28 de junio de 2024.
- Institut d'Estudis Catalans. (s/f). *Monuments Commemoratius de Catalunya: A las víctims del stege de 1811*. <https://monuments.iec.cat/fitxa.asp?id=920> (Consultado el 4/7/2024)
- J. M. (2022, 13 de julio). Santa Olalla honra la memoria de un general napoleónico. *La Tribuna de Toledo*. Recuperado de <https://www.latribunadetoledo.es/Noticia/Z85170243-B92E-9362-5A990FC6EE2298A8/202207/Santa-Olalla-honra-la-memoria-de-un-general-napoleonico> el 28 de junio de 2024.
- Jourdan, A. (2004). *Mythes et légendes de Napoléon*. Toulouse: Privat.
- Koselleck, R. (2011). *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Lemaire, F. (2023a). Le drame des prisonniers français de Cabrera: les sources écrites. 1^{re} partie: le capitaine Duperrey, un émissaire en enfer. *Napoleonica. La Revue*, 45, pp. 7-62.
- Lemaire, F. (2023b). Où sont les morts, où sont les corps? *Napoleonica. La Revue*, 47, pp. 97-203.
- López Pinto, J. (1880). *La isla de Cabrera. Reseña general e importancia militar de la misma*. Madrid: Tipografía de G. Estrada.
- Lowenthal, D. (1998). *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal.
- Lozano López, J. C. (2013). Deshacer y rehacer un *puzzle*: a propósito de la atribución a Goya de las pechinas de Calatayud, Muel y Remolinos (Zaragoza). En VV. AA., *Goya y su contexto. Actas del seminario internacional celebrado en la Institución los días 27, 28 y 29 de octubre de 2011* (pp. 249-283). Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».

- Marabel, J. J. (2013). Groß und Erbprinz (I) Badajoz o el honor de Hesse-Darmstadt. *Revista de Estudios Extremeños*, LXIX-III, pp. 1.739-1766.
- Marabel, J. J. (2021). *Badajoz 1811. Batalla de Santa Engracia y capitulación de la plaza*. Madrid: Almena.
- Martín Etxebarría, G. (2023). «Honrar a nuestros héroes muertos». Conmemoraciones públicas, monumentos y memoria de las guerras carlistas. *Pasado y Memoria*, 26, pp. 221-255. <https://doi.org/10.14198/pasado.21888>
- Martín Pozuelo, L. (2007). ¿Queréis recordar el Dos de Mayo? Estampas populares de la Guerra de la Independencia. En C. Demange, P. Géal, R. Hocquellet, S. Michonneau, M. Salgues (comps.), *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)* (pp. 321-344). Madrid: Casa de Velázquez. <https://doi.org/10.4000/books.cvz.14262>
- Martín Pozuelo, L. (2008). Muchos relatos que contar, muchas maneras de contarlos: mitos y héroes de la Guerra de la Independencia. En J. Álvarez Barrientos (ed.), *La Guerra de la Independencia en la cultura española* (pp. 1-21). Madrid: Siglo XXI.
- Masson, B. (1839). *Évasion et enlèvement de prisonniers français d'île de Cabrera*. Marsella: Typ. de Nicolas.
- Mayo, J. M. (1988). War Memorials as Political Memory. *Geographical Review*, 78(1), pp. 62-75. <https://doi.org/10.2307/214306>
- Mora Hernández, Y. (2013). Lugares de memoria: entre la tensión, la participación y la reflexión. *Panorama*, 7-13, pp. 97-109. <https://doi.org/10.15765/pnrm.v7i13.434>
- Moreno Luzón, J. (2012). Por amor a las glorias patrias. La persistencia de los grandes mitos nacionales en las conmemoraciones españolistas (1905-2008). En L. Mees (ed.), *La celebración de la nación. Símbolos, mitos y lugares de memoria* (pp. 215-244). Granada: Comares.
- Moreno, M. (1990). *Todas las calles de Soria: historia de una ciudad*. Soria: Ayuntamiento y Diputación de Soria.
- Murat, L. (2011). *L'homme qui se prenait pour Napoléon. Pour une histoire politique de la folie*. París: Gallimard.

- Murillo Galimany, F. (2011). La toma del fuerte de la Oliva. *A Carn!*, 16, pp. 17-49.
- Nora, P. (1998). La aventura de *Les lieux de mémoire*. *Ayer*, 32, pp. 17-34.
- Nora, P. (2008). *Les lieux de mémoire*. Montevideo: Trilce.
- Oliver Moragues, M. (2021). Prólogo. En J. B. Mir Ramonell, *Presoners de Cabrera. Complilació onomàstica dels presoners napoleònics a l'illa de Cabrera 1809-1814* (pp. 6-9). Palma de Mallorca: Autoedición.
- Pellissier, P., Phelipeau, J. (1980). *Los franceses de Cabrera, 1809-1814*. Palma de Mallorca: Aucadena.
- Príncipe de Joinville. (1894). *Vieux Souvenirs: 1818-1848*. París: Calmann Lévy.
- Reyero, C. (1999). *La escultura conmemorativa en España: La edad de oro del monumento público, 1820-1914*. Madrid: Cátedra.
- RFI. (2021, 4 de mayo). La isla de Cabrera, un paraíso convertido en infierno para miles de soldados napoleónicos. Recuperado de <https://www.rfi.fr/es/programas/grandes-reportajes-de-rfi/20210504-la-isla-de-cabrera-un-para%C3%ADso-convertido-en-infierno-para-miles-de-soldados-napole%C3%B3nicos> el 28 de junio de 2024.
- Robles Jaén, C. (1999). La intervención española en Portugal en 1847. *Anales de Historia Contemporánea*, 15, pp. 413-435.
- Rodríguez, J. M., Cueto, D. A. (2004). *Talavera 1809. Primera victoria aliada*. Madrid: Almena.
- Ruiz García, V. (2013). *Los pontones de Cádiz. La odisea de los soldados derrotados en la batalla de Bailén (1808-1814)*. Bailén: Asociación «Historiador Jesús de Haro Malpensa».
- Sánchez García, J. Á. (2019). Antecedentes para el necroturismo en España. Visitantes británicos en la tumba del general John Moore en A Coruña (siglos XIX y XX). En F. J. Rodríguez Marín (coord.), *XX Encuentro Iberoamericano de Valorización y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Los cementerios como recurso cultural, educativo y turístico: Málaga (España), 11 al 16 de noviembre de 2019* (pp. 1-20). Málaga: UMA.

- Sánchez García, J. Á. (2021). Romantic Memorials to the Dead in a Corner of Spain: The Making of the City of Corunna as a Patriotic Mausoleum. *European Romantic Review*, 32(2), pp. 163-190. <https://doi.org/10.1080/10509585.2021.1891896>
- Schlögel, K. (2007). *En el espacio leemos el tiempo. Sobre Historia de la civilización y Geopolítica*. Madrid: Siruela.
- Schouten, F. F. J. (1995). Heritage as Historical Reality. En D. T. Herbert (ed.), *Heritage, Tourism and Society* (pp. 21-31). Londres: Mansell.
- Smith, D. (2001). *The Prisoners of Cabrera. Napoleon's Forgotten Soldiers, 1809-1814*. Nueva York: Four Walls Eight Windows.
- Sobrinho Manzanares, M. L. (1996). Ciudad y escultura pública: monumentos, intenciones iconográficas y presencia plástica. En A. A. Rodríguez Casal (ed.), *Humanitas. Estudios en homenaje ó Prof. Dr. Carlos Alonso del Real*. Volumen II (pp. 927-938). Santiago de Compostela: USC.
- Stampa, L. (1996). Prólogo. En J. J. Sañudo y L. Stampa (1996). *La Crisis de una Alianza. (La campaña del Tajo de 1809)* (pp. 13-24). Madrid: Ministerio de Defensa.
- Thillaye, A. J. (1814). *Dissertation topographique sur Cabrera, l'une des Iles Baléares*. París: Imprimerie de Didot Jeune.
- Tous Meliá, J. (2017). *Cabrera a través de la cartografía [c. 1275-1916]. Atlas histórico-geográfico de la isla*. Autoedición.
- Vela, F. (2008). *Somosierra 1808. La Grande Armée en España*. Madrid: Almena.
- Vovelle, M. (2003). La Revolución francesa: ¿matriz de la heroización moderna? En M. Chust y V. Mínguez (eds.), *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.
- Wagré, L.-J. (1833). *Les Adieux à l'île de Cabrera, ou retour en France des prisonniers français détenus pendant cinq ans et onze jours dans cette île*. París: S.e.